

## **LA COMUNIDAD CENOBITICA, ESCUELA DE VERDAD SOBRE SI MISMO, SOBRE LOS DEMAS Y SOBRE DIOS**

La comunidad cenobítica es el seno donde aprendemos a asumir nuestra propia identidad, a valorar la de nuestros hermanos y a entrar así en una veraz comunión con el Señor. Para san Bernardo, en su tratado sobre la humildad, se pasa del autoconocimiento al conocimiento o misericordia hacia los demás, y de allí, al conocimiento de Dios. Pero la escuela donde se vive este proceso es la comunidad cenobítica. (*RB* 4,78: "... la oficina donde hemos de practicar con diligencia todas estas cosas, es el recinto del monasterio, guardando la estabilidad en la familia monástica"). Si bien san Bernardo los describe como pasos sucesivos, en realidad son aspectos paralelos de un mismo proceso de maduración. Veremos cómo relación con uno mismo, relación con los demás y relación con Dios, se implican mutuamente.

La propia identidad no es una verdad que emerge sencillamente de nuestro interior y guía nuestro ser y actuar. Toda nuestra vida monástica es un trabajo de conversión para que así sea. Y en este trabajo la vida cenobítica juega un gran papel. Sin demasiada conciencia, a veces tenemos una propia imagen y según ella nos movemos (aunque sea interiormente) y pretendemos ser considerados. Al no recibir las respuestas esperadas, nos sentimos no reconocidos, sentimos que la comunidad no nos da lo que necesitamos, para ser nosotros mismos, que no nos afirma, que no nos plenifica. Y esto ¿por qué? Porque quizá los demás nos ven con más realismo. No quiere decir esto que la única verdad es la de los demás, sino que lo que creemos ser nuestra verdad debe entrar en un diálogo liberador con la verdad que nos viene de afuera, de los superiores, de los hermanos. Esto debería generar un proceso de continuo reajuste de la autoimagen, un proceso de

autoaceptación, de reconocimiento de los propios límites, valores y desvalores.

Lo importante es captar toda la riqueza que encierra, la plenitud a que conduce este camino de autoconocimiento y aceptación. Al aceptar la verdad sobre nosotros mismos que nos viene a través de los hermanos, suceden varias cosas.

Primeramente, reconciliándonos con nuestro ser tal como lo ve Dios, entramos en el ámbito de Su Verdad, entramos en una nueva comunión con El, más despojada de mentiras, entramos sencillamente desnudos en Su Presencia. Sólo así podremos sentirnos acogidos y amados por el único que nos conoce en nuestra más absoluta verdad. Y sólo desde la fe en este Amor podremos aceptarnos a nosotros mismos.

Pero también reconociendo nuestros límites entramos en una nueva relación con los demás. Descubriéndonos limitados, somos capaces de ver con realismo que los demás tienen también valores y límites. Lo importante es verlo como una riqueza venida de la Providencia de Dios que ha repartido sus dones como ha querido; y no verlo como algo que entra en competencia con mis dones. Esto es fundamental en la comunidad cenobítica: el profundo respeto y admiración por la identidad de cada hermano como un "don" salido del Querer de Dios. Así la misma existencia del hermano es un don para mí. Habitualmente somos sensibles a lo que concreta o positivamente nos dan los demás y no nos damos cuenta de que, más allá de todo don, nos están dando su existencia como una emanación del Amor de Dios, su existencia que nos está sosteniendo en vida. Cuando percibimos esto se genera una salida de nosotros mismos y a la vez, acogida de nuestros hermanos que unifica todo nuestro ser.

Así, descubriendo con realismo valores y límites de los demás, llegaremos a la aceptación de la "persona" del otro, llegaremos a la aceptación del otro por lo que es y no por lo que hace, por cómo se mueve, por lo que me da o me quita. ¡Esto es tan difícil y tan fácil a la vez, y es, en verdad, el descanso de nuestros corazones! ¡Necesitamos tanto ser aceptados por lo que somos! En una comunidad cenobítica, donde el "codo a codo" cotidiano nos hace tan patentes las debilidades del prójimo, parecería lo más habitual el apreciarnos o no, por nuestras respectivas maneras de "comportarnos" en definitiva. Pero ¿no es quizá este "codo a codo" cotidiano el que va labrando un amor profundo entre nosotros, una aceptación del otro por lo que es (un hijo de Dios, un hermano en la vocación, etc.) que subyace a nuestras relaciones más superficiales, pero que emerge en momentos difíciles o simplemente cuando la Gracia de Dios nos concede vivirlo a nivel más consciente? ¡Es tan liberador saber que el hermano nos acepta por nosotros mismos! Como decía, es "descanso del alma".

Sin embargo, podría ser "descorazonador" pensar que sólo llegaremos

al Amor de Dios, una vez subidos los "grados" de la autoaceptación y de la aceptación de los demás. Al contrario, muchas veces es la experiencia de la incapacidad para vivirlos, lo que nos abre a Dios. De algún modo la vida monástica (si vivimos sus exigencias hasta el fondo) conduce a dejarnos desnudos en el límite de nuestras propias fuerzas para vivir abiertos a la necesidad absoluta que tenemos de Dios. El monje es un hombre que vive hasta el límite las experiencias humanas, hasta el límite que nos hace trascender Dios. Y la trascendencia consiste en que, asumiendo el límite, éste no deja de ser situación que nos supera; pero vivido como una herida abierta a Dios, entonces tiene sentido: el sentido de abrirnos a la esperanza teológica. De algún modo la vida monástica nos sobrepasa: la humildad, la obediencia, la autoaceptación y aceptación de los demás, nos superan, porque nos ponen en la "frontera" de nuestro ser carnal ante la exigencia de tender sólo a Dios unificadamente. Asumir todo esto es parte de la interiorización de los valores. Vivir toda carencia, toda debilidad, como un grito a la Gracia de Cristo Salvador, esto "religa" toda la realidad (también lo negativo) con Dios. Así la fe y la esperanza conducen a la madurez humana integral que consiste, entre otras cosas, en asumir, abrazar, toda la realidad.

Como vemos la verdad sobre sí mismo, sobre los demás y sobre Dios son fundamentales en el camino de maduración monástica. Pero no creo que haya que verlos como metas acabadas a las que llegar, sino como rieles por los que ir caminando, siempre en continuo crecimiento y evolución hasta la Vida Eterna.

*Monasterio de la Madre de Cristo*  
C.C. 16  
7318 Hinojo - Prov. Bs. As.

Gabriela SCANAVINO, o.c.s.o.